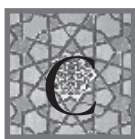




Palabras del Dr. Javad Nurbakhsh

en el *jānaqāh* de Londres, en noviembre de 1985



Como preámbulo a mis comentarios de esta tarde, me gustaría recordarles que cualquier cosa que se exprese mediante palabras... no es sufismo, no puede ser sufismo. El sufismo es un asunto del corazón y del amor, no concerniente a la lengua ni al intelecto. No obstante, esta tarde me gustaría dilucidar tres conceptos esenciales.

Primero. En la medida de lo posible, los *darwish* deben venir al *jānaqāh* (centro de reunión de los *darwish*) dos veces a la semana. La premisa básica de esto es que, al comienzo de la Senda, el ego (*nafs*) del discípulo no está preparado para someterse al amor. Por ello, su ego intenta, por todos los medios a su alcance, evitar que siga el auténtico camino del amor y, por el contrario, se esfuerza en enfocar su atención en actuar de manera egocéntrica. Así pues, el ego dice al sufí al principio de la Senda: «¿Qué necesidad tienes de ir al *jānaqāh*? Nada importante ocurre ahí. La gente se limita a sentarse en círculo charlando y tomando té». Al cabo de un tiempo, el sufí deja de ir al *jānaqāh* de-

finitivamente. Después, poco a poco, el yo arguye: «No necesitas más el *zēkr* (recuerdo continuo de Dios). ¿Por qué cansarte y esforzarte? Relájate». Finalmente, el sufí llega a olvidar el mismo sufismo y abandona la Senda.

Venir al *jānaqāh* debe servir, preferentemente, como recordatorio y estímulo para el *darwish*. Asistir a las reuniones y ver a tus compañeros sufíes te recuerdan tu compromiso y te animan para tener un interés mayor en poner en práctica el ejercicio del amor y la compasión. Así que intentad tanto como podáis no ser negligentes en acudir a las reuniones del *jānaqāh*.

Segundo. Lo que conocemos como «yo», y lo que llamamos *nafs*, ego o alma inferior, tienen una antigua relación de amistad y apoyo mutuo. El término *nafs* presupone ciertos poderes y tendencias que ayudan a la mente a cumplir sus deseos, que pertenecen al «yo».

El propósito fundamental del sufismo consiste, desde un cierto ángulo, en ayudar a los seres





humanos a abandonar completamente la auto-adoración, remplazándola con la adoración a otro, apartando al ser humano de su amor propio y llevándole hacia el amor a otro, y luego, desde este amor a otro, al amor verdadero a Dios. Los sufíes creen que la peor de las prisiones es la de la auto-adoración. Presuntamente todos y cada uno de vosotros habéis venido aquí para ser sufíes, para reducir vuestra atención sobre vuestro ego para poder llegar a amar al maestro en vez de a vosotros mismos. El maestro, a su vez, trata de incrementar, proporcionalmente, este amor en cada discípulo que se esfuerza, hasta que este alcance la aptitud necesaria que le capacite para transformar su amor hacia el maestro en amor a la Realidad, Dios.

Puesto que al principio de la Senda el sufí no conoce realmente a Dios, para alejarte de la auto-adoración te dedicas a amar al maestro. En relación con tu amor el maestro alberga ciertas expectativas respecto a ti.

En primer lugar, espera que un sufí auténtico haga feliz al menos a un corazón en el transcurso de la semana, y que realice algún servicio a las criaturas de Dios, para que, de esta forma, cada semana sea mejor que la anterior. En segundo lugar, espera de ti que aumentes tus momentos de reflexión (*tafakor*) y tus tiempos de meditaciones (*morāqabel*), y que refuerces tu atención en general hacia tu *zeḳer* para que te hagas más íntimo con el mundo de la Unidad divina y logres un grado mayor de purificación.

Si cumples ambas instrucciones, cuando el maestro te vea al acudir al *jānaqāh*, su amor por ti se incrementará automáticamente. En tanto el amor del maestro hacia ti se incrementa, tu amor también se hará mayor. Esta relación forma una suerte de espiral que, si se repite una y otra vez, hace crecer y aumentar, más y más, el amor en ti.

Además, a causa del amor de Dios por nosotros, deberíais tratar de no venir al *jānaqāh* con las manos vacías. A lo que me refiero cuando digo que no debéis venir con «las manos vacías» es a que, durante la semana, debéis haber realizado algún servicio desinteresado a la gente u ocuparos en un mayor y más profundo recuerdo (*zeḳer*) y meditación y, de esta forma, haber aumentado vuestra espiritualidad, de modo que el maestro vea que habéis hecho vuestro trabajo fielmente.

En tercer lugar. Mi último punto concierne al tema del humor y temperamento del sufí. El sufí debe estar siempre alegre y contento. El sufí es un enamorado de Dios y está totalmente rendido a Él. Ahora bien, Dios posee tanto Gracia como Cólera. Quien es un enamorado de Dios está atraído igualmente por ambas cualidades porque ambas vienen de Dios. Si un rey hace una merced a uno de sus sirvientes, no importa si esta merced es una joya o una piedra. Lo importante es que es un regalo del rey. Como dijo Rumi, inscrito ahora en una placa sobre la entrada de su *jānaqāh*:

*Si no tienes un amado, por qué no buscas uno.
Y si tienes un amado, ¿por qué no te regocijas!*

De ahí que, si una adversidad alcanza a un *darwish*, este *darwish* la reconocerá como proveniente de Dios, y sólo de Dios, y por ello se regocija. Y si una gracia de Dios llega a este *darwish*, también se regocija. Al fin y al cabo, no hay diferencia. Así pues, si alguna vez veis un sufí malhumorado y deprimido, sabed que este sufí no ha entendido realmente el sufismo para nada y no es aún, verdaderamente, un sufí.

